

de todos los obstáculos de aquellas peligrosas quebradas; y de las muchas almas que allí estaban entregadas á una vida bárbara y salvaje, sacó nuevos elementos para el progreso de la civilización en la sociedad general. Con el mismo espíritu trabajaban en el vasto territorio de la Nueva España, todos los ministros del evangelio, y los pueblos se mantenían en paz en el interior del virreinato; pero los lugares inmediatos á la costa, sin cesar sufrían las depredaciones de los piratas del golfo, que burlando las precauciones del virrey y las demás autoridades de las antillas, molestaron bastante principalmente en toda la administración del marqués de la Laguna, que concluyó á fines del año de 1686, llegando en 30 de Noviembre á México, el nuevo virrey D. Melchor Porto Carrero Lazo de la Vega, conde de Monclova.

**CAPITULO XVI.**

**Administracion de los condes de Monclova, Galve y Moctezuma, del obispo de Michoacan, D. Juan Ortega Montañez y del duque de Alburquerque.**

El virrey conde de Monclova, á quien llamaban brazo de plata, porque efectivamente usaba de este metal el brazo derecho que habia perdido en una batalla, traía órdenes de averiguar á fondo, si en efecto los franceses habian establecido una colonia como se habia dicho, en algun punto de la costa en el seno mexicano; y oido el informe del capitán Barroso, que un año antes habia recorrido aquellas costas por orden del marqués de la Laguna á quien dio aviso el gobernador de la Habana, que los prisioneros de una nave de corsarios franceses decian que el caballe-

ro roberto de la Sala habia pasado con una escuadra para poblar las costas del golfo, mandó dos bergantines de la misma flota que lo habia conducido de España para que corrieran hasta los montes Apalaches á donde no habia llegado el capitán Barroso. Estos investigadores no hallaron poblacion alguna francesa; pero mas allá de los montes apalaches, encontraron algunos fragmentos de naves que se conocia haber zozobrado en aquellas costas; por cuyo informe conoció el virrey ser cierta la intencion de fundar por allí alguna poblacion: y para prevenir otra tentativa de los franceses y estando en paz en aquel tiempo los indígenas de la provincia de Coahuila, dispuso el virrey fundar una colonia con ciento cincuenta familias en que habia cerca de trescientos hombres capaces de tomar las armas, dándole el nombre de Monclova para perpetuar su memoria.

El conde de Monclova se habia captado las simpatías de todos, que mucho se prometian de su rectitud y prudencia; pero antes de cumplir dos años en el gobierno de la Nueva España fué promovido al virreynato del Perú, nombrándose en su lugar para México á D. Gaspar de la Cerda Sandoval Silva y Mendoza, conde de Galve, que llegó á la capital el 17 de Setiembre de 1688. Apenas habia llegado el virrey conde de Galve, y aun no se despedia el de Monclova, cuando en la capital se tuvo noticia por el gobernador de Nuevo México, que habian pasado por allí tres franceses para la colonia que los de su nacion habian fundado hacia poco en las costas del seno mexicano; y al mismo tiempo D. Alonso de Leon gobernador de Coahuila, avisaba al virrey que algunos indígenas errantes habian informado al padre Fray Damian Martinez religioso franciscano ministro de la mision de Candela, que no muy lejos del Rio-Bravo del Norte hacia la costa del golfo, estaban poblando unos franceses. Estas noticias sorprendieron á los dos vireyes, porque á pesar de la vi-

gilancia que se habia tenido para impedir aquello, se estaba llevando adelante sin lograr descubrir el sitio de la fundacion que tanto alarmaba á la corte de España; y coniferenciando ambos sobre lo que fuera prudente hacer, resolvieron dar orden al mismo D. Alonso de Leon, para que con toda la gente que pudiera sacar del Saltillo y acompañado del padre Fray Damian, marchase á descubrir el sitio de la poblacion francesa, desalojando de las costas del golfo á todos los pobladores que no fueran españoles.

El gobernador de Coahuila formó su expedicion segun las ordenes del virey y despues de caminar muchos dias por terrenos desiertos, al pasar de la Laguna de San Bernardo, se sorprendió de encontrar un fuerte comenzado y muchos cadáveres de franceses, diseminados en las inmediaciones: en las cercanías no se pudieron hallar gentes que informaran sobre aquel trájico suceso; y cinco naturales, que fueron los únicos que allí pudieron hallarse, dijeron: que en la nacion de los *asinais* poco distante de aquel lugar, se guardaban como reliquia cinco extrangeros de los mismos que por allí habian desembarcado, los cuales podrian dar las noticias relativas al caso que se trataba de averiguar. El gobernador mandó un oficial con algunos soldados, para que fuese en busca de aquellos franceses, ofreciéndoles garantías y auxilios para volver á su patria, si condescendian en venir para rendir los informes que en el caso se deseaban. El capitán comisionado volvió dentro de algunos dias, habiendo conseguido traer solo á los franceses Juan Archeveque y Jacobo Grollet, pues los otros tres no quisieron fiarse de las promesas de los españoles, estando ya garantizados en su vida entre los salvajes con quienes vivian: y de estos se recibió el informe de que hallándose todos sus nacionales ocupados en la construccion del fuerte, fueron sorprendidos

por una muchedumbre de indígenas carancahuases que á todos dieron muerte, sin dejar con vida sino á los cinco que desde entonces guardaban como prisioneros. El gobernador destruyó lo que habia comenzado del fuerte y se volvió á su gobierno de Coahuila; pero por distinto camino del que habia llevado en su ida para reconocer algo mas de aquellas regiones incógnitas. En el tránsito se dejó ver un grupo de indios desconocidos, que al llegar á ellos la comitiva expedicionaria, manifestó su natural docilidad y buena disposicion para reducirse á vida civil, recibiendo á los españoles con las voces Teijia, Teijia, que en su idioma significaba amigo; y de esta circunstancia, les fué dado á ellos el nombre de Tejas lo mismo que á toda la vasta provincia que se habia descubierta.

El Padre Fr. Damian, condeciendo la mansedumbre de aquellos naturales les propuso su civilizacion en la ensenanza de la religion cristiana, y ellos se prestaron gustosos á recibirla, pero pidiendo se hiciese esto en sus propios pueblos que estaban muy distantes de aquel sitio. De pronto no se pudo acceder á esta solicitud; pero allí mismo se formó un presidio que hoy es San Antonio de Bejar y que desde entonces fué capital de toda esta vasta provincia. Se dejó un destacamento y D. Andres de Leon con el resto de su comitiva, contramarchó á Coahuila, de donde informó todos los sucesos de su expedicion, así á la audiencia de Guadalajara, como al virey. El conde de Galve, deseoso de aumentar los dominios de la corona, é informado de lo que el terreno recién descubier-to, prometia por su feracidad como por el natural pacífico de sus habitantes, mandó reforzar el presidio de San Antonio, que se formaran otros tres pueblos en los sitios mas á propósito cerca de la Laguna de San Bernardo, y que el padre Fr. Damian con otros religiosos de su orden

franciscana se encargara de convertir á la fé á los indígenas de aquellos lugares. Las ventajas que proporcionaba este terreno, uno de los mas fértiles y amenos de la N. España atrajo muchos pobladores de todas partes, y á pesar de la buena índole de los indígenas, de aquella provincia, las exigencias de los colonos, ocasionaron algunas turbulencias, que no pudieron concluir sino casi treinta años despues como veremos luego.

Mientras esto pasaba en la N. España, Carlos II. tenia continuas inquietudes, así por las noticias que habian llegado á la corte, del empeño con que los franceses procuraban poblar las costas del golfo de México, poniendo en esto continuas rizechanzas á las posesiones españolas en la América septentrional, como por las poblaciones que habian fundado ya en la parte mas rica y floreciente de la isla Española, de donde causaban con la piratería grandes daños á todo el comercio del continente americano. Pensaba el monarca de Castilla dar un golpe decisivo para cortar este mal, cuando llegaron á su corte, mandados por el virey de México, los dos franceses que el gobernador de Coahuila habia sacado de entre los asinats, como restos de los que en el fuerte de San Luis perecieron á manos de los carancahuases. Con el informe que rindió el capitán D. Andres Perez que conducia á los dos franceses, quedó el rey satisfecho de la diligencia con que el conde de Galve procuraba el real servicio, y desde luego pensó en él para que dispusiera la jornada sobre la Española, para arrojar de ella á los franceses.

El conde de Galve, celoso por el honor y engrandecimiento de su nación, preparó con actividad, dos mil seiscientos soldados, que con las provisiones necesarias se dieron á la vela en el puerto de Veracruz, desembarcando en las costas de la Española á distancia de seis leguas del

cabu Guarico, que ocupaban los franceses. El gobernador de estos Mr. Cussi y su teniente Mr. Tranquesnay, se dividieron en la opinion sobre el modo de resistir el ataque que se preparaba; y celebrada una junta de guerra entre sus oficiales, prevaleció la opinion del segundo, de tomar un sitio ventajoso en el valle de la Limonada, para destruir allí en una accion campal, el auxilio que á la Española se le habia mandado por el vireinato de México. La accion se dió en efecto en aquella llanura, y despues de un reñido combate, quedó el campo por los mexicanos, habiendo muerto los dos jefes principales, como treinta oficiales y cerca de quinientos hombres de lo mas florido de aquella piratería. Con este triunfo tan completo, el ejército vencedor incendió la ciudad de Guarico, tomó muchos prisioneros y los buques que fueron hallados, con lo cual dió la vuelta para Veracruz, habiendo concluido con gloria una jornada en que si no se consiguió extinguir del todo la piratería, se le puso freno con la destruccion de una de sus principales guaridas. Si el gobierno de los vireyes, debe ser odioso en general para los mexicanos, porque descansaba en el principio injusto de la usurpacion, por otra parte contiene modelos dignos de imitarse en la prudencia y actividad para ejecutar las disposiciones superiores, así como en el celo con que procuraban mantener incólume el honor nacional y el adelanto de la civilización en general. México no venia escrito en sus anales, un tan largo catálogo de desventuras, si separando el mal y el bien que á cada paso viene amalgamandose en confusa mezcla, supiera aprovecharse de algunas lecciones que son una fuente segura de la prosperidad de los pueblos. En el tiempo que gobernaba el conde de Galve y que pasaban los acontecimientos que dejamos referidos, tenia lugar tambien la insurreccion de los tarahumares coliga-

dos con los tepehuanes y otras muchas naciones, que pudo haber ocasionado la pérdida de aquellas provincias! El autor de los tres siglos de México, al dar cuenta de este suceso, dice: «La causa de este levantamiento fué la misma que otras veces ha rebelado á los indios de la Nueva España; es á saber, las vejaciones que los infelices sufrían de los españoles, establecidos en las minas que abundan por aquella sierra madre.» Pero el padre Alegre en su historia de la provincia de México nos refiere mas pormenorizados los mismos acontecimientos señalándonos cuál fué su verdadero origen. Desde algunos años antes, el Illmo. Sr. D. Bartolomé de Escandela, llegó á poner curas clérigos, en muchos lugares de aquellas provincias que siempre habían estado á cargo de misioneros jesuitas ó franciscanos: despues hubo una real provision para que la enseñanza religiosa de aquellos pueblòs, siguiera en el estado que habia guardado desde su principio, y el Señor Obispo de Guadalajara cesó en sus procedimientos. Algunos de los ministros á quienes se habia encargado por la mitra el cuidado espiritual de aquellos pueblòs, quisieron convertirse en misioneros y formarse filigrasías de los lugares que no estaban sujetos al cuidado especial de algun ministro; y por lo que luego vamos á ver, no faltó entre estos individuos, alguno que mas se dejó llevar de los intereses materiales, que por el celo de su bien espiritual. Este mal ministro, se acompañó de cinco ó seis españoles armados y entró á las tierras de los tubaris, manteniéndose á su costa, tanto él como sus compañeros. Como no estaba animado por el espíritu de caridad que caracteriza al verdadero apóstol de la doctrina de Jesucristo, no empleaba la persuasión para convertir á ella á los pueblòs, sino que se valía de la fuerza como medio de propaganda. Por bien ó por fuerza bautizaba á los párvulos que encen-

traba; y resistiéndose algunos adultos á recibir el bautismo, los amarró y cargó de cadenas hasta que constreñidos de aquel modo, pidieron se les administrase aquel sacramento. Los tubaris habian sido uno de los pueblòs que con mayor deseo habia recibido la enseñanza de la religion y por su natural manso y afable, se habia mantenido siempre en buena amistad con los españoles; pero esta conducta tan irregular y tan contraria al espíritu del cristianismo, escandalizó á aquellos indígenas, que muy de otro modo habian visto por muchos años, enseñar la ley evangélica en los lugares vecinos. Alarmada toda la nacion, corrió á las armas para arrojar de su seno á los que así querian evangelizar entre ellos, y muchos huyeron á los montes para escapar de los horrores de aquel modo de doctrinarlos. Una vez que se prendió el fuego de la insurreccion, el ministro y sus compañeros hallaron en la fuga el medio de librarse del furor de los sublevados; pero estos comunicaron su momentánea aversion al cristianismo á otros pueblòs, que no tenian la misma docilidad que ellos y donde no se pudo apagar el incendio, sino despues de derramar bastante sangre. El padre Juan María Salvatierra, celoso jesuita que servia la mision entre los guazaparis, logró cortar el mal entre los tubaris desde su principio; y no solo los volvió á la paz que pudo turbarse un instante por la imprudencia de un ministro, sino que de tal modo cautivó sus voluntades, que deseando abrir un camino de Jerocavi á Vaca, lugar de la primer mision de Sinaloa, voluntariamente se ofrecieron los tubaris para prestar su personal trabajo en aquella obra de beneficio comun.

De esta manera quedó cortado el mal entre los tubaris; pero algunos descontentos que antes se habian ya introducido en los lugares inmediatos, fueron causa del general levantamiento, que turbó la tranquilidad de todas las

misiones de Sonora y la Tarahumara. Entre estos últimos había un gefe llamado *Corosia*, hombre de carácter inquieto y feroz, que desde la pasada sublevación se había mantenido fugitivo, defendiéndose entre las malezas de las sierras: mientras todos los pueblos estaban en paz, no había tenido ocasión de aumentar su partido; pero en esta vez comenzó luego á ver á su lado los de contentos temerosos del poder de los españoles. En cierta ocasión, hizo oír su voz para excitar los ánimos á una guerra de exterminio contra los extrangeros. «Estos son, decia, los que con tanta solemnidad juraron las paces algunos años antes: ellos dicen que solo procuran nuestro bien; y de quienes sin embargo, jamas tenemos seguras nuestras haciendas y nuestras vidas. Que bien hice yo de no fiarme de sus palabras cariñosas, y mirad si os aconsejaba bien que no dejaseis las armas de la mano hasta acabar con todos.» Movidas en este discurso las mas delicadas fibras del corazón, se excitó en todos el deseo de lavar con la sangre extranjería las manchas que se habían impreso en la independencia y el honor nacional; pero por grande que fuera este fuego, fué mayor la prudencia con que se obró, pues antes de dar un paso en el terreno de las hostilidades, se acordó invitar á todos los pueblos oprimidos para que siendo el sacudimiento general, fuera tanto mas seguro el éxito: algunos de los gefes de los tarahumares y de los conchos, quedaron encargados de dar cita común á los tobosos, los cabezas, los sumas, los janos, xocomes, chinarras y otros varios pueblos que se extendían hácia el Norte y el Oriente de la Tarahumara; y el lugar de la junta general para determinar de común acuerdo el modo, tiempo y lugar de emprender la guerra, debía ser el sitio llamado *Casas Grandes* famosas ruinas que como un antiguo monumento indicaba la peregrinación del valeroso pueblo azteca de su primitiva patria de Aztlán.

Por mucho que se recomendó el sigilo como base principal de asegurar el golpe proyectado, no dejó de traslucirse el pensamiento; y el ministro de la misión de Santa María de Basaroca, dió aviso al teniente de los presidios de Sinaloa y Sonora. Cuando este aviso llegó al expresado gefe, no tenia la fuerza necesaria para impedir la reunión que se trataba de hacer en las ruinas de Casas grandes, porque en los lugares inmediatamente sujetos á su cuidado, se notaban ya algunas alarmas y aun se habían visto hogueras y humaredas en las cumbres de las montañas, síntomas ciertos de una próxima ruptura de hostilidades. Las mismas noticias se daban del Parral y el presidio de Janos; pero los gefes encargados de reprimir aquella conjuración, vieron con desprecio el mal que amenazaba á todos y descuidaron poner el oportuno remedio, hasta que el 2 de Abril de 1690, reventó la mina preparada con tanta anticipación, saliendo de sus albergues los pueblos coligados y como una impetuosa avenida inundaron las haciendas, los reales de minas y los pueblos en que estaban establecidas las misiones quemando los edificios y arrasando con cuanto hallaban á su paso. El acontecimiento pudo tener toda la importancia y gravedad con que lo había premeditado el gefe *Corosia*; pero por fortuna de los españoles, cuando esto sucedió, D. Juan Isidro Pardiñas gobernador y capitán general de la Nueva Vizcaya (Durango) estaba en aquellos momentos en el Parral y con oportunidad pudo cargar sobre los sublevados, las fuerzas de los presidios de Casas grandes, Janos, Conchos, el Gallo y Cerro Gordo.

El gobernador pensaba dar parte al conde de Galve, y obrar según sus instrucciones, pero atendiendo á que por la distancia, no había tiempo de consultar la opinión del virrey, sin esponerse á que la liga de los indígenas tomando fuerza presentara un carácter mas alarmante, se de-